

Un gran movimiento mundial

En el capítulo 14 del libro de Apocalipsis, se predice un gran despertar religioso como resultado del mensaje del primer ángel. Apareció un ángel “que volaba en medio del cielo, y que llevaba el evangelio eterno para anunciarlo a los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo”. Este ángel proclamaba “a gran voz” el mensaje: “Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales” (Apocalipsis 14:6, 7).

Un ángel representa el carácter exaltado de la obra que debía realizar el mensaje, y el poder y la gloria que debían acompañarlo. El vuelo del ángel “en medio del cielo”, la “gran voz”, y su promulgación “a toda nación, raza, lengua y pueblo” dan evidencia de la extensión rápida y mundial del movimiento. En cuanto al tiempo cuando esto ocurriría, coincide con el anuncio del comienzo del Juicio.

Este mensaje es una parte del evangelio que podía ser proclamado solo en los últimos días, pues solamente entonces sería cierto que la hora del Juicio había llegado. La parte de la profecía que se relaciona con los últimos días es la que se le pidió a Daniel que cerrara y sellara “hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:4, RV 60). Por lo tanto, hasta este tiempo no podía proclamarse el mensaje concerniente al Juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías.

El apóstol Pablo amonestó a la iglesia a no esperar la venida de Cristo en sus días. No podemos esperar el advenimiento de nuestro Señor sino hasta después DE que hayan tenido lugar la gran apostasía y el largo reinado del “hombre de maldad” (ver 2 Tesalonicenses 2:3). El “hombre de maldad” –también llamado “el misterio de iniquidad”, “el hijo de perdicción” y “el inicuo”– representa al papado, que había de mantener su supremacía por 1.260 años. Este período terminó en 1798. La venida de Cristo no podía ocurrir antes de ese tiempo. Pablo abarca con su advertencia toda la dispensación cristiana hasta 1798. Solo después de esa fecha el mensaje del segundo advenimiento de Cristo había de proclamarse.

Ningún mensaje similar se ha predicado en los siglos pasados. Pablo, como hemos visto, no lo predicó, sino que apuntó al entonces lejano futuro de la venida del Señor. Los reformadores no lo proclamaron. Martín Lutero fijó la fecha del Juicio para cerca de trescientos años después de su tiempo. Pero, desde 1798, el libro de Daniel ha sido abierto, y muchos han proclamado el mensaje del Juicio como algo cercano.

En forma simultánea, en diferentes países

Así como ocurrió con la Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista apareció en diferentes países al mismo tiempo. Personas de fe fueron movidas a estudiar las profecías y vieron evidencias convincentes de que el fin era inminente. Cuerpos aislados de cristianos, solo por el estudio de las Escrituras, llegaron a albergar la creencia de que la venida del Salvador estaba cerca.

Tres años después de que Miller había llegado a su interpretación de las profecías, el Dr. Joseph Wolff, “el misionero mundial”, comenzó a proclamar el pronto retorno del Señor. Nacido en Alemania, de padres hebreos, era muy joven cuando llegó a convencerse de la verdad de la religión cristiana. Solía prestar profunda atención a las conversaciones que se llevaban a cabo en la casa de su padre cuando hebreos devotos se reunían para repasar las esperanzas de su pueblo, la gloria del futuro Mesías y la restauración de Israel. Un día, al oír mencionar el nombre de Jesús de Nazaret, el muchacho preguntó quién era. “Un judío de gran talento –fue la respuesta–; pero debido a que él pretendía ser el Mesías, el tribunal judío lo sentenció a muerte”.

“¿Por qué está destruida Jerusalén –continuó preguntando–, y por qué estamos en cautiverio?”

“¡Ay, ay! –contestó su padre–. Porque los judíos dieron muerte a los profetas”. Inmediatamente se le ocurrió al muchacho: “Tal vez Jesús también era profeta, y los judíos lo mataron siendo él inocente”. Aunque le estaba prohibido entrar en una iglesia cristiana, a menudo se detenía cerca de ellas para escuchar la predicación. Cuando tenía solo siete años, se estaba jactando ante un vecino cristiano del triunfo futuro de Israel en ocasión del advenimiento del Mesías. El anciano dijo en forma bondadosa: “Querido muchacho, te voy a decir quién es el verdadero Mesías: fue Jesús de Nazaret, [...] a quien tus antepasados crucificaron. [...] Ve a tu casa y lee el capítulo 53 de Isaías, y te convencerás de que Cristo Jesús es el Hijo de Dios”.¹

El muchacho fue a su casa y leyó el pasaje. ¡Cuán perfectamente se había cumplido esa profecía en Jesús de Nazaret! ¿Eran ciertas las palabras del cristiano? El muchacho le pidió a su padre una explicación de la profecía, pero la respuesta fue un silencio tan severo que nunca más se atrevió a mencionar el tema.

Con solo once años de edad, salió a recorrer el mundo para conseguir una educación a su propia costa, para elegir su religión y su profesión. Tuvo que abrirse paso solo y sin dinero. Estudió en forma diligente, y se mantuvo a sí mismo enseñando hebreo. Aceptó la fe católica y fue a proseguir sus estudios en el Colegio para la Propagación de la Fe, en Roma. Allí atacó abiertamente los abusos de la iglesia e instó a que se hiciera una reforma. Después de un tiempo, fue despedido. Llegó a ser evidente que él nunca podría someterse al yugo del romanismo. Fue declarado incorregible, y se lo dejó en libertad para que fuera a donde quisiera. Marchó a Inglaterra y se unió a la Iglesia Anglicana. Después de estudiar por dos años, dio comienzo a su misión en 1821.

¹ *Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff* [Viajes y aventuras del reverendo Joseph Wolff], t. 1, pp. 6, 7.

Wolff vio que las profecías presentaban la segunda venida de Cristo en poder y gloria. Aunque trató de inducir a su pueblo a buscar a Jesús de Nazaret como el Prometido, y de señalar su primera venida como un sacrificio por el pecado, también les enseñó con respecto a su segunda venida.

Wolff creía que la venida del Señor era inminente. Su interpretación de los períodos proféticos lo hizo llegar a la conclusión de que aquella se verificaría en una fecha que diferiría pocos años del tiempo señalado por Miller. “¿No nos ha dado nuestro Señor señales de los tiempos, para que supiéramos por lo menos cuándo estaríamos cerca de su venida, así como uno descubre la cercanía del verano por las hojas de la higuera que brotan? Se sabrá [...] lo suficiente mediante las señales de los tiempos como para inducirnos a prepararnos para su venida, como Noé preparó el arca”.²

Opuesto a las interpretaciones populares

Con respecto al sistema popular de interpretar las Escrituras, Wolff escribió: “Una gran parte de la iglesia cristiana ha dejado de lado el sentido claro de las Escrituras, y [...] suponen que cuando ellas dicen *judíos*, debe entenderse *gentiles*; y cuando se lee *Jerusalén*, debe entenderse la *iglesia*; y donde dice *Tierra*, se refiere al *Cielo*; y en cuanto a la venida del *Señor*, debe entenderse el progreso de las *sociedades misioneras*; y que subir al monte de la casa del Señor significa una gran *reunión de metodistas*”.³

Desde 1821 hasta 1845, Wolff viajó por Egipto, Abisinia, Palestina, Siria, Persia, Bujará, India y los Estados Unidos.

Poder en el Libro

El Dr. Wolff viajó por los países más bárbaros sin protección alguna, soportó condiciones duras y fue rodeado por incontables peligros. Pasó hambre, fue vendido como esclavo, tres veces fue condenado a muerte, fue asaltado por ladrones, y en algunas ocasiones casi murió de sed. Una vez lo despojaron de todo lo que tenía, y tuvo que andar centenares de kilómetros a pie entre las montañas, mientras la nieve le azotaba el rostro y sus pies descalzos estaban a punto de congelarse por el contacto con la tierra helada.

Cuando se le advirtió no trabajar sin armas entre tribus salvajes y hostiles, declaró que él estaba “provisto de armas: la oración, el celo por Cristo y la confianza en su ayuda”. “También estoy provisto del amor de Dios y el amor al prójimo en mi corazón, y la Biblia está en mi mano”. “Sentía que mi poder estaba en el Libro, y que su fortaleza me sostendría”.⁴

Perseveró hasta que el mensaje hubo sido llevado a gran parte del globo habitado. Entre los judíos, los turcos, los parsis, los hindúes y otras nacionalidades y razas distribuyó la Palabra de Dios en varios idiomas, y dondequiera que iba proclamaba la cercanía del Mesías.

² Joseph Wolff, *Researches and Missionary Labors* [Investigaciones y labores misioneras], pp. 404, 405.

³ *Journal of the Rev. Joseph Wolff* [Diario del reverendo Joseph Wolff], p. 96.

⁴ William H. Davenport Adams, *In Perils Oft* [En peligros muchas veces], pp. 192, 201.

En Bujará, halló que un pueblo aislado sostenía la doctrina del pronto regreso del Señor. Los árabes del Yemen, decía él, “poseen un libro llamado *La Sira*, que habla de la segunda venida de Cristo y de su reino en gloria; y ellos esperan grandes acontecimientos que deben ocurrir en 1840”. “Encontré hijos de Israel de la tribu de Dan [...] que esperan junto con los hijos de Recab el pronto regreso del Mesías en las nubes del cielo”.⁵

En Tartaria, otro misionero descubrió una creencia similar. Un sacerdote tártaro hizo la pregunta de cuándo Cristo vendría por segunda vez. Cuando el misionero respondió que no sabía, el sacerdote pareció sorprenderse de tal ignorancia de un maestro de la Biblia, y declaró su propia creencia, fundada en la profecía, de que Cristo vendría alrededor de 1844.

El mensaje adventista en Inglaterra

Ya en 1826, el mensaje adventista comenzó a predicarse en Inglaterra. En general no se mencionaba el tiempo exacto del Advenimiento, pero la verdad del pronto regreso de Cristo en poder y gloria se proclamó en forma extensa. Un escritor inglés declara que más o menos setecientos ministros de la Iglesia de Inglaterra estaban empeñados en predicar “este evangelio del Reino”.

El mensaje que señala a 1844 como el año de la venida del Señor también fue dado en Gran Bretaña. Publicaciones adventistas provenientes de los Estados Unidos circularon ampliamente. En 1842, Robert Winter, un inglés que había recibido la fe adventista en los Estados Unidos, regresó a su país natal para proclamar la venida del Señor. Muchos se unieron con él en la obra en varias partes de Inglaterra.

En Sudamérica, Lacunza, un jesuita chileno, recibió la verdad del pronto regreso de Cristo. Deseoso de escapar de la censura de Roma, publicó su versión bajo el seudónimo de rabino Ben-Ezra, como si fuera un judío convertido al cristianismo. En torno a 1825, este libro fue traducido al inglés. Esto sirvió para profundizar el interés que ya se estaba despertando en Inglaterra.

Bengel capta el mensaje del Apocalipsis

En Alemania, la doctrina había sido enseñada por Bengel, un ministro luterano y erudito bíblico. Mientras preparaba un sermón basado en Apocalipsis 21, la luz relativa a la segunda venida de Cristo iluminó su mente. Las profecías del Apocalipsis se abrieron a su entendimiento. Abrumado por la importancia y la gloria de las escenas presentadas por el profeta, se vio obligado a abandonar por un tiempo el tema. En el púlpito, este asunto le fue presentado de nuevo en forma muy vívida. Desde ese tiempo, se dedicó a estudiar las profecías y pronto llegó a la creencia de que la venida de Cristo estaba cercana. La fecha que él fijó como el tiempo del Segundo Advenimiento distaba pocos años de la fecha que después fue señalada por Miller.

⁵ *Journal of the Rev. Joseph Wolff* [Diario del reverendo Joseph Wolff], pp. 377, 389.

Los escritos de Bengel se esparcieron en su propio Estado de Wurtemberg y en otras partes de Alemania. El mensaje adventista fue proclamado en Alemania al mismo tiempo que atraía la atención en otros países.

En Ginebra, Gaussen predicó el Segundo Advenimiento. Cuando entró en el ministerio, se sentía inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en las profecías. Después de leer la *Historia antigua*, de Rollin, su atención fue dirigida al capítulo segundo de Daniel. Resultó impresionado por la exactitud con que la profecía se había cumplido. Aquí había un testimonio de la inspiración de las Escrituras. No podía descansar satisfecho con el racionalismo y, al estudiar la Biblia, fue conducido a una fe positiva.

Arribó a la conclusión de que la venida del Señor era inminente. Impresionado por la importancia de esta verdad, deseó presentarla ante el pueblo; pero la creencia popular de que las profecías de Daniel no podían entenderse era un obstáculo serio. Finalmente, determinó –como lo había hecho Farel antes que él al evangelizar Ginebra– comenzar con los niños, mediante niños cuales esperaba interesar a los padres. Dijo él: “Yo reúno un auditorio infantil; si el grupo aumenta, si se ve que escuchan, que el tema les gusta, que están interesados, que entienden y explican el asunto, estoy seguro de tener un segundo círculo pronto, y a su vez, los adultos verán que vale la pena sentarse y estudiar. Cuando se hace esto, la causa está ganada”.⁶

Mientras se dirigía a los niños, las personas de más edad venían a escuchar. Las galerías de su iglesia se llenaban de oyentes, personas de posición y saber, así como extranjeros y forasteros que visitaban Ginebra. Así el mensaje fue llevado a otras partes.

Animado, Gaussen publicó sus lecciones con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos. Más tarde, llegó a ser profesor en una escuela teológica, mientras el domingo continuaba su obra como catequista, dirigiéndose a los niños e instruyéndolos en las Escrituras. Desde su cátedra de profesor, por medio de la prensa y como maestro de niños, durante muchos años llamó la atención a muchas de las profecías que mostraban que la venida del Señor estaba cerca.

Niños predicadores en Escandinavia

También en Escandinavia se predicó el mensaje adventista. Muchas personas fueron movidas a confesar y abandonar sus pecados y a buscar el perdón en el nombre de Cristo. Pero el clero de la iglesia del Estado se opuso al movimiento, y algunos de los que predicaban el mensaje fueron encarcelados.

En muchos lugares donde los predicadores de la pronta venida del Señor resultaron así silenciados, Dios se agradó de proclamar el mensaje por medio de los niños. Como eran menores de edad, el Estado no podía restringirlos, y se les permitía hablar sin estorbos.

En las humildes moradas de los trabajadores, el pueblo se reunía para oír las amonestaciones. Algunos de los niños predicadores no tenían más de seis u ocho

⁶L. Gaussen, *Daniel the Prophet* [Daniel el profeta], t. 2, Prefacio.

años de edad; su vida testificaba que amaban al Salvador, y de manera natural manifestaban una inteligencia y una capacidad propias de niños de su edad. Sin embargo, cuando se presentaban delante del pueblo, eran movidos por una influencia superior a sus dones. El tono y los ademanes cambiaban, y con solemne poder daban la advertencia relativa al Juicio: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

El pueblo escuchaba con temblor. El Espíritu de Dios hablaba a los corazones. Muchos fueron movidos a investigar las Escrituras, los intemperantes e inmorales se reformaban, y se realizaba una obra tan señalada que aun los ministros de la iglesia del Estado se veían obligados a reconocer que la mano de Dios dirigía el movimiento.

Era la voluntad de Dios que las nuevas de un Salvador que vendría pronto fueran dadas en Escandinavia, y él puso su Espíritu en los niños para que la obra se realizara. Cuando Jesús se acercó a Jerusalén, el pueblo, intimidado por los sacerdotes y los gobernantes, suspendió su gozosa proclamación al entrar por las puertas de Jerusalén. Pero en los atrios del Templo los niños reanudaron el canto: “¡Hosana al Hijo de David!” (S. Mateo 21:8-16). Así como Dios obró utilizando a los niños en el tiempo de la primera venida de Cristo, también obró por medio de niños para dar el mensaje de su segunda venida.

El mensaje se esparce

Estados Unidos llegó a ser el centro del gran movimiento adventista. Los escritos de Miller y sus asociados fueron llevados a países distantes, dondequiera que los misioneros hubieran entrado alrededor del mundo. Por todas partes se esparció el mensaje del evangelio eterno: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

Las profecías que parecían indicar la venida de Cristo en la primavera de 1844 se arraigaron profundamente en la mente del pueblo. Muchos resultaban convencidos de que los argumentos relativos a los períodos proféticos eran correctos y, sacrificando el orgullo de su opinión, recibían con gozo la verdad. Algunos ministros dejaron sus sueldos y sus iglesias, y se unieron para proclamar la venida de Jesús. Sin embargo, comparativamente pocos ministros aceptaron este mensaje; por lo tanto, este fue mayormente encomendado a laicos humildes. Los agricultores abandonaban sus campos; los mecánicos, sus herramientas; los comerciantes, sus negocios; los profesionales, sus puestos. Voluntariamente soportaban duro trabajo, privaciones y sufrimiento para llamar a las personas al arrepentimiento para salvación. La verdad adventista fue aceptada por millares.

Pasajes bíblicos sencillos producían convicción

Como Juan el Bautista, los predicadores ponían el hacha a la raíz del árbol y urgían a todos a producir “frutos que demuestren arrepentimiento”. En señalado contraste con la proclamación de paz y seguridad que se oía desde los púlpitos populares, el testimonio sencillo de las Escrituras producía una convicción que pocos podían

resistir completamente. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento. Los afectos, que por tanto tiempo se habían centrado en las cosas terrenales ahora se fijaban en el Cielo. Con corazón ablandado y subyugado, se unían para hacer resonar el clamor: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

Los pecadores preguntaban con lágrimas en los ojos: “¿Qué tengo que hacer para ser salvo?” Los que habían sido deshonestos estaban ansiosos de hacer restitución. Todos los que encontraban paz en Cristo anhelaban ver a otros participar de la misma bendición. Los padres se reconciliaban con sus hijos; y los hijos, con sus padres (Malaquías 4:5, 6). Las barreras del orgullo y la reticencia desaparecían. Se hacían confesiones sinceras. Por doquiera había almas que clamaban ante Dios. Muchos luchaban toda la noche en oración para obtener la seguridad de que sus pecados habían sido perdonados, o por la conversión de parientes y vecinos.

Personas de todas las clases, ricos y pobres, encumbrados y humildes, estaban ansiosas de oír la doctrina del Segundo Advenimiento. El Espíritu de Dios le daba poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se sentía en estas asambleas, y cada día aumentaba el número de los que creían. Vastas muchedumbres escuchaban en silencio las solemnes palabras. El Cielo y la Tierra parecían acercarse. Las personas volvían a sus hogares con alabanzas en los labios, y sus cantos alegres rompían el silencio de la noche tranquila. Ninguno de los que asistieron a esas reuniones pudo olvidar jamás aquellas escenas de tan profundo interés.

Oposición al mensaje

La proclamación de una fecha específica para la venida de Cristo despertó gran oposición por parte de muchas personas que pertenecían a diferentes clases, desde el ministro en el púlpito hasta el pecador más atrevido. Muchos declararon que no se oponían a la doctrina del Segundo Advenimiento; solamente objetaban que se hablara de un tiempo específico. Pero el ojo de Dios que todo lo ve leía sus corazones. Ellos no querían escuchar mencionar la venida de Cristo para juzgar al mundo con justicia. Sus obras no soportaban la inspección de un Dios que examina el corazón, y temían encontrarse con su Señor. A semejanza de los judíos en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, no estaban preparados para darle la bienvenida a Jesús. No solamente rehusaban escuchar los sencillos argumentos de la Biblia, sino también ridiculizaban a los que esperaban al Señor. Satanás le echaba en cara a Cristo la burla de que aquellos que pretendían ser su pueblo tenían tan poco amor por él que no anhelaban su venida.

“Nadie sabe el día ni la hora” era el argumento que más a menudo se esgrimía para rechazar la fe adventista. Las Escrituras dicen: “En cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre” (S. Mateo 24:36). Los que esperaban al Señor daban una clara explicación de este texto, y destacaban el uso erróneo que de él hacían los opositores.

No se debe usar un dicho del Salvador para destruir otro. Aunque nadie sabe el día ni la hora de su venida, se nos requiere que sepamos cuándo está cerca. Rehusar saber o descuidar el estudio de cuándo su advenimiento está cerca será tan fatal

para nosotros como lo fue en los días de Noé el no saber cuándo vendría el Diluvio. Cristo dice: “Si no te mantienes despierto, cuando menos lo esperes caeré sobre ti como un ladrón” (Apocalipsis 3:3).

Pablo habla de los que han prestado atención a la advertencia del Señor: “Ustedes [...], hermanos, no están en la oscuridad para que ese día los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día” (1 Tesalonicenses 5:2-5).

Pero, los que querían tener una excusa para rechazar la verdad cerraban sus oídos a esta explicación, y los burladores y aun los profesos ministros de Cristo continuaron repitiendo: “Nadie sabe el día ni la hora”. Cuando el pueblo empezó a preocuparse por estudiar el camino de la salvación, los maestros religiosos se interpusieron entre ellos y la verdad, interpretando falsamente la Palabra de Dios.

Los miembros más consagrados de las iglesias eran habitualmente los primeros en recibir el mensaje. Dondequiera que la gente no estaba dominada por el clero, en los lugares en que las personas estudiaban la Palabra de Dios por sí mismas, la doctrina del Advenimiento solo necesitó ser comparada con las Escrituras para que su divina autoridad resultara establecida.

Muchos fueron desviados por esposos, esposas, padres o hijos, y se les hizo creer que era un pecado siquiera escuchar esas “herejías” enseñadas por los adventistas. Los ángeles recibieron orden de velar fielmente sobre esas almas, pues otra luz aún habría de brillar sobre ellas desde el Trono de Dios.

Los que habían recibido el mensaje aguardaban la venida de su Salvador. El tiempo en que esperaban encontrarse con él se acercaba. Ellos se aproximaron a esa hora con tranquila solemnidad. Ninguno de los que vivió esta experiencia puede olvidar aquellas horas preciosas de espera. Durante algunas semanas antes del tiempo señalado, los negocios mundanos fueron en su mayoría puestos a un lado. Los creyentes sinceros examinaron cuidadosamente su corazón, como si dentro de pocas horas hubieran de cerrar sus ojos a las escenas de la Tierra. No se prepararon “mantos de ascensión”, pero todos sentían la necesidad de una evidencia interna de que estaban preparados para encontrarse con el Salvador. Los mantos blancos eran la pureza del alma: un carácter limpiado por la sangre redentora de Cristo. Ojalá que todavía los hijos de Dios tuvieran la misma preocupación por escudriñar su corazón y la misma fe ferviente.

Dios se proponía probar a su pueblo. Su mano ocultó un error en el cálculo de los períodos proféticos. El tiempo para el que se esperaba a Cristo [esto es, que él vendría en la primavera de 1844] pasó, y Cristo no apareció. Los que habían esperado a su Salvador experimentaron un amargo chasco. Sin embargo, Dios estaba probando el corazón de los que profesaban esperar su venida. Muchos habían sido movidos por el temor. Estos declararon que nunca habían creído que Cristo vendría. Estuvieron entre los primeros en ridiculizar el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y toda la hueste celestial contemplaban con amor y compasión a los fieles que habían pasado por el chasco. Si el velo que separa el mundo visible del invisible pudiera haberse descorrido, se habrían visto ángeles acercarse a estas almas sinceras para escudarlas de las flechas de Satanás.